

Jack Vance

MAZIRIAN EL MAGO

Un reto a la fantasía en una Tierra al final de su historia, un mundo exótico perchado en el límite del tiempo, donde la magia ha sustituido a la ciencia.



Ahí están, aguardando en un mundo moribundo de conjuros místicos, poderosas maldiciones y demoníacas criaturas de la noche. Son Turjan, el científico que lucha por crear la vida; T'sais, la hechicera de Embelyon que viaja hacia la lejana Tierra en busca de la belleza y el amor en medio de los sombríos bosques y los brumosos precipicios de un mundo mágico; Guyal de la Esfera, nacido con un anhelo de conocimiento que lo impulsa hacia el Museo del Hombre y la sabiduría del universo. Todos ellos, y muchos otros, lucharán, vivirán y morirán su aventura en un mundo crepuscular que lanza ya sus últimos estertores...

1

TURJAN DE MIIR

Turjan estaba sentado en su sala de trabajo, las piernas abiertas y dobladas bajo el taburete y los codos clavados en el banco. Al otro lado de la estancia había una jaula; Turjan miraba su interior con desconsolado enojo. La criatura de la jaula le devolvía el escrutinio con emociones más allá de toda conjetura.

Era un ser que despertaba piedad..., una gran cabeza sobre un pequeño y largo cuerpo, con enfermizos ojos reumáticos y una nariz parecida a un fofó botón. La boca colgaba blandamente húmeda, la piel brillaba con un color rosa cerúleo. Pese a su manifiesta imperfección, era hasta la fecha el producto más logrado de los tanques de Turjan.

Turjan se puso en pie, tomó un bol de papilla. Con una cuchara de mango largo fue metiendo comida en la boca de la criatura. Pero la boca rechazó la comida, y la papilla resbaló en grumos por la lustrosa piel hasta el desvencijado suelo de la jaula.

Turjan dejó el bol, retrocedió y regresó lentamente hasta su taburete. Llevaba una semana sin querer comer. ¿Ocultaba aquel rostro idiota alguna idea concreta, una voluntad de extinción? Mientras Turjan miraba, los ojos blancoazulados se cerraron, la gran cabeza cayó y golpeó el suelo de la jaula. Los miembros se relajaron: la criatura estaba muerta.

Turjan suspiró y abandonó la estancia. Subió unas retorcidas escaleras de piedra y finalmente salió a la techumbre

de su castillo de Miir, muy por encima del río Derna. Al oeste el sol colgaba cerca de la vieja Tierra; lanzas de color rubí, intensas como vino, avanzaban oblicuas más allá de los nudosos troncos del arcaico bosque para enterrarse en la gruesa capa de turba del suelo. El sol se ponía de acuerdo con el viejo ritual; la noche cayó sobre el bosque; una suave y cálida oscuridad se adueñó rápidamente de todo, y Turjan permaneció allí de pie meditando sobre la muerte de su última criatura.

Consideró sus muchos precursores: aquella cosa toda ojos, la criatura sin huesos con la pulsante superficie de su cerebro expuesta, el hermoso cuerpo femenino cuyos intestinos se arrastraban al exterior hacia la solución nutritiva como buscadoras fibrilas, las criaturas invertidas, con todo lo de dentro fuera y viceversa... Turjan suspiró tristemente. Sus métodos eran un fracaso; a su síntesis le faltaba un elemento fundamental, una matriz que ordenara los componentes del esquema.

Mientras se sentaba mirando el paisaje cada vez más oscuro, los recuerdos llevaron a Turjan a una noche, hacía ya años, cuando el Sabio había permanecido allí a su lado.

—En eras ya desaparecidas —había dicho el Sabio, con los ojos fijos en una estrella baja—, la brujería conocía un millar de conjuros y los magos hacían su voluntad. Hoy, mientras la Tierra muere, apenas quedan un centenar de conjuros en el conocimiento humano, y todos ellos nos han llegado a través de los libros antiguos... Pero hay un tal Pandelume que conoce todos los conjuros, todos los encantamientos, misterios, runas y taumaturgias que alguna vez han doblado y moldeado el espacio... —Y había guardado silencio, perdido en sus pensamientos.

—¿Dónde está ese Pandelume? —había preguntado Turjan.

—Mora en las tierras de Embelyon —había respondido el Sabio—, pero nadie sabe dónde se hallan esas tierras.

—¿Cómo encuentra uno a Pandelume, entonces?

El sabio había sonreído débilmente.

—Si alguna vez fuera necesario, existe un conjuro para llevarlo a uno allí.

Ambos habían permanecido en silencio unos instantes; luego el Sabio había dicho, mirando hacia el bosque:

—Puede preguntársele cualquier cosa a Pandelume, y Pandelume contestará..., siempre y cuando el peticionario realice el servicio que Pandelume requiera de él. Y Pandelume suele ser duro en sus tratos.

Entonces el Sabio le había mostrado a Turjan el conjuro en cuestión, que había descubierto en un antiguo portafolio y mantenido secreto de todo el mundo.

Turjan, recordando aquella conversación, bajó a su estudio, una larga sala de techo bajo con paredes de piedra y un suelo de piedra amortiguado por una espesa alfombra bermeja. Los tomos que contenían la magia de Turjan reposaban en la larga mesa de acerco negro o estaban apilados sin orden ni concierto en estanterías. Había volúmenes compilados por muchos magos del pasado, sucios folios recopilados por el Sabio, grandes libracos encuadernados en pergamino recopilando las sílabas de un centenar de poderosos conjuros, tan poderosos que el cerebro de Turjan solamente podía albergar cuatro a la vez.

Turjan encontró un mohoso portafolio, giró las pesadas páginas hasta el conjuro que el Sabio le había mostrado, la Llamada a la Nube Violenta. Contempló los caracteres, y ardieron con un urgente poder, agitando la página, como frenéticos por abandonar la oscura soledad del libro.

Turjan cerró el libro, obligando al conjuro a regresar al olvido. Se envolvió en una corta capa azul, metió un arma blanca en su cinturón, se sujetó el amuleto que contenía la Runa de Laccodel en su muñeca. Luego se sentó, y tomó de un diario los conjuros que iba a llevar consigo. Desconocía los peligros a los que iba a enfrentarse, así que seleccionó tres conjuros de aplicación general: el Excelente Spray

Prismático, el Manto de Furtividad de Phandaal, y el Conjuró de la Hora Lenta.

Subió a los parapetos de su castillo y se irguió bajo las lejanas estrellas, respirando el aire de la antigua Tierra... ¿Cuántas veces había sido respirado aquel aire antes que por él? ¿Qué gritos de dolor había experimentado aquel aire, qué suspiros, risas, gritos de guerra, exclamaciones de excitación, jadeos...?

La noche seguía su camino. Una luz azulada osciló en el bosque. Turjan observó unos instantes, luego se cuadró finalmente y pronunció la Llamada a la Nube Violenta.

Todo estaba tranquilo; de pronto llegó un susurro de movimiento, que fue hinchándose hasta convertirse en el rugir de grandes vientos. Un asomo de blanco apareció y creció hasta convertirse en una columna de hirviente humo negro. Una voz dura y profunda surgió de la turbulencia.

—Este instrumento ha acudido a la llamada de tu poder. ¿Dónde quieres ir?

—A Cuatro Direcciones, luego a Una —dijo Turjan—. Debo ser llevado vivo a Embelyon.

La nube giró más aprisa, envolviéndolo; fue arrancado del suelo, hacia arriba y lejos, colgando cabeza abajo a una incalculable distancia. Fue lanzado a cuatro direcciones, luego a una, y finalmente un gran golpe lo arrojó fuera de la nube, dejándole espatarrado en Embelyon.

Turjan se puso en pie y vaciló unos instantes, medio atontado. Sus sentidos se afirmaron; miró a su alrededor.

Estaba a orillas de un límpido estanque. Flores azules crecían hasta sus tobillos, y a su espalda se alzaba un bosquecillo de árboles azul verdosos, cuyas hojas apenas se divisaban en la bruma de allá arriba. ¿Estaba Embelyon en la Tierra? Los árboles eran de apariencia terrestre, las flores eran de forma similar, el aire tenía la misma textura... Pero había una extraña ausencia en aquel entorno, que era difícil de determinar. Quizá se debiera a la curiosa vaguedad del horizonte, quizás a la cualidad imprecisa del aire, lustroso y

fluctuante como el agua. Lo más extraño, sin embargo, era el cielo, una mezcla de olas y contraolas que refractaban un millar de lanzas de luz coloreada, rayos que tejían maravillosos encajes en medio del aire, redes arcoiris con todos los tonos de las joyas. Así, mientras Turjan observaba, se vio barrido por rayos rosa, topacio, violeta intenso, verde radiante. Entonces se dio cuenta de que los colores de las flores y de los árboles fluctuaban de acuerdo con el cielo, porque ahora las flores tenían un tinte salmón, y los árboles un púrpura soñador. Las flores se oscurecieron a un cobre, luego, fundiéndose a carmesí, adquirieron una cálida tonalidad marrón, luego escarlata, y los árboles se volvieron azul mar.

—La Tierra de Nadie Sabe Dónde —se dijo Turjan—. ¿He sido llevado hacia arriba, hacia abajo, a una preexistencia o a un postmundo? —Miró hacia el horizonte y creyó ver como un telón negro alzándose muy alto hasta perderse de vista, y aquel telón rodeaba el lugar en todas direcciones.

Un sonido de cascos al galope se acercó; se volvió y descubrió un caballo negro avanzando a toda velocidad a lo largo de la orilla del estanque. El jinete era una mujer joven cuyo negro pelo se agitaba locamente. Llevaba unos pantalones blancos sueltos hasta la rodilla y una capa amarilla que chasqueaba al viento. Una mano aferraba las riendas, la otra enarbolaba una espada.

Turjan se echó cautelosamente a un lado, porque la boca de la mujer estaba crispada y blanca como con rabia y sus ojos resplandecían con un peculiar frenesí. La mujer dio un tirón a las riendas, hizo dar al caballo una cabriola y un giro sobre sí mismo, cargó contra Turjan, y le lanzó un tajo con su espada.

Turjan dio un salto hacia atrás y liberó de un golpe su propia hoja. Cuando ella cargó de nuevo contra él, paró el golpe con su arma y se lanzó hacia delante, tocando su brazo con la punta y produciendo una gota de sangre. Ella se

echó hacia atrás, sorprendida; luego buscó en su silla y extrajo un arco y colocó una flecha en la cuerda. Turjan saltó hacia delante, regateando el alocado agitar de la espada de ella, la agarró por la cintura y la tiró al suelo.

La mujer luchó con una loca violencia. Turjan no quería matarla, de modo que forcejeó de una forma no enteramente digna. Finalmente consiguió inmovilizarla, con los brazos clavados tras su espalda.

—¡Quieta, arpía! —dijo Turjan—. ¡Si no quieres que pierda la paciencia y te deje sin sentido!

—Haz lo que quieras —jadeó la muchacha—. Vida y muerte son hermanas.

—¿Por qué quieres hacerme daño? —preguntó Turjan—. No te he ofendido en nada.

—Eres malvado, como toda existencia. —La emoción brotaba de las delicadas fibras de su garganta—. Si el poder fuera mío aplastaría el universo hasta convertirlo en una sangrante grava, lo convertiría en el estiércol definitivo.

Turjan relajó sorprendido su presa, y ella casi se liberó. Volvió a sujetarla.

—Dime, ¿dónde puedo encontrar a Pandelume?

La muchacha se envaró, repentinamente inmóvil, y torció su cabeza para mirar a Turjan. Luego dijo:

—Busca por todo Embelyon. Yo no te ayudaré en absoluto.

Si fuera algo más amable, pensó Turjan, sería una criatura de notable belleza.

—Dime dónde puedo encontrar a Pandelume —dijo Turjan—, o encontraré otros usos para ti.

Ella guardó silencio un instante, con los ojos llameando locura. Luego dijo con voz vibrante:

—Pandelume vive junto al arroyo, a sólo unos pasos de distancia.

Turjan la soltó, pero tomó su espada y su arco.

—Si te los devuelvo, ¿seguirás tu camino en paz?

Los ojos de la muchacha ardieron brevemente; luego, sin una palabra, montó en su caballo y emprendió el galope por entre los árboles.

Turjan la contempló desaparecer entre las lanzas de enjorados colores, luego echó a andar en la dirección que ella había indicado. Pronto llegó a una larga y baja edificación de piedra roja respaldada por oscuros árboles. Mientras se acercaba, la puerta se abrió de par en par. Turjan se detuvo a medio dar un paso.

—¡Entra! —surgió una voz—. ¡Entra, Turjan de Miir!

Así, Turjan entró desconcertado en la morada de Pandelume. Se halló en una estancia con las paredes cubiertas de tapices, desprovista de muebles excepto un único diván. Nadie acudió a recibirle. En la pared opuesta había una puerta cerrada, y Turjan se dirigió hacia ella, creyendo que quizá se esperaba que hiciera eso.

—Alto, Turjan —dijo la voz—. Nadie puede ver a Pandelume. Es la ley.

Turjan, de pie en medio de la habitación, se dirigió a su invisible anfitrión:

—Ésta es mi misión, Pandelume —dijo—. Durante algún tiempo he estado esforzándome para crear humanidad en mis tanques. Pero siempre he fracasado, por ignorancia del agente que ata y ordena los esquemas. Tú debes conocer esta matriz maestra; así pues, he venido en busca de tu guía.

—Te ayudaré de buen grado —dijo Pandelume—. Sin embargo, hay otro aspecto implicado. El universo se halla metodizado por la simetría y el equilibrio; este elemento de compensación puede ser observado en todo aspecto de la existencia. Por tanto, incluso en el campo trivial de nuestros asuntos, es preciso mantener estrictamente esa equivalencia. Acepto ayudarte; a cambio, tú realizarás para mí un servicio de un valor equivalente. Cuando hayas completado ese pequeño trabajo, te daré mis instrucciones y guía a tu completa satisfacción.

—¿Cuál es ese servicio? —inquirió Turjan.

—Hay un hombre que vive en la región de Ascolais, no lejos de tu Castillo de Miir. En torno a su cuello cuelga un amuleto de piedra azul tallada. Tienes que quitárselo y traérmelo.

Turjan meditó un momento.

—Muy bien —dijo—. Haré lo que pueda. ¿Quién es el hombre?

Pandelume respondió con voz suave.

—El príncipe Kandive el Dorado.

—Ah —exclamó Turjan, apesadumbrado—. No has tenido muchos problemas para hacer mi tarea agradable... Pero cumpliré tu petición de la mejor manera que sepa.

—Bien —dijo Pandelume—. Ahora debo darte instrucciones. Kandive lleva este amuleto oculto bajo su camiseta. Cuando aparece un enemigo, lo saca para mostrarlo sobre su pecho, tal es el poder del conjuro. No importa ninguna otra cosa, pero no mires ese amuleto, ni antes ni después de haberlo tomado, bajo pena de las más horribles consecuencias.

—Comprendo —dijo Turjan—. Obedeceré. Hay una pregunta que querría hacer..., siempre que la respuesta no implique el que tenga que traer la Luna de vuelta a la Tierra o recuperar un elixir que tú derramaste inadvertidamente en el mar.

Pandelume rió fuertemente.

—Pregunta, y yo responderé.

—Cuando me acercaba a tu morada, una mujer de insana furia quiso matarme. No lo permití, y se marchó aún más furiosa. ¿Quién es esa mujer y por qué se comportó así?

La voz de Pandelume era divertida.

—Yo también —respondió— tengo tanques donde moldeo la vida en sus formas más Variadas. Yo creé a esa chica T'sais, pero fui descuidado y cometí un fallo en la síntesis. Así que salió del tanque con una mala conexión en el cerebro, de la forma en que has visto: lo que consideramos her-

moso a ella le parece odioso y feo, y lo que consideramos feo es para ella intolerantemente vil, en un grado que ni tú ni yo podemos comprender. Considera que el mundo es un lugar amargo y que la gente está llena de la peor malevolencia.

—Así que ésta es la respuesta —murmuró Turjan—. ¡Qué pena!

—Ahora —dijo Pandelume— tienes que volver a Kaiin; los auspicios son buenos... Dentro de un momento abre esta puerta, entra, y avanza hasta el esquema de runas en el suelo.

Turjan hizo como le había sido indicado. Descubrió que la otra habitación era circular y rematada con un alto domo, con las variantes luces de Embelyon penetrando a través de multitud de transparencias en el techo. Cuando se detuvo sobre el esquema del suelo, Pandelume habló de nuevo.

—Ahora cierra los ojos, porque tengo que entrar y tocarte. ¡Atiende, no intentes verme!

Turjan cerró los ojos. Sonaron unos pasos a sus espaldas.

—Extiende tu mano —dijo la voz. Turjan lo hizo, y sintió que un objeto duro era colocado en ella—. Cuando hayas cumplido tu misión, aplasta este cristal y te encontrarás inmediatamente de nuevo en esta habitación. —Una fría mano se apoyó en su hombro—. Dentro de un instante estarás dormido —dijo Pandelume—. Cuando despiertes, estarán en la ciudad de Kaiin.

La mano se apartó. La oscuridad descendió sobre Turjan mientras éste permanecía de pie aguardando el tránsito. El aire se llenó repentinamente de sonidos: entrecocar, tintinear de muchas campanillas, música, voces. Turjan frunció el ceño, apretó los labios: ¡un extraño tumulto para el austero hogar de Pandelume!

Una voz de mujer sonó cerca de él.

—¡Mira, oh Santanil, mira al hombre-búho que cierra los ojos a la alegría!

Hubo una risa de hombre, repentinamente ahogada.

—Ven. El individuo es hosco y posiblemente violento. Ven.

Turjan dudó, luego abrió los ojos. Era de noche en Kaiin la de las paredes blancas, y época de festival. Linternas naranja flotaban en el aire, moviéndose a impulsos de la brisa. De los balcones colgaban guirnaldas de flores y jaulas con luciérnagas azules. Las calles estaban llenas de gente ahita de vino, vestida de una multitud de formas distintas. Aquí había un barquero de Melantine, ahí un guerrero de la Legión Verde de Valdaran, allí otros de épocas antiguas llevando uno de los viejos cascos. En un pequeño espacio despejado un engalanado cortesano del litoral de Kauchique bailaba la Danza de los Catorce Movimientos Sedosos a la música de flautas. En las sombras de un balcón, una muchacha bárbara de Almerly Oriental abrazaba a un hombre oscuro y con atuendo de cuero como un *deodand* del bosque. Era alegre aquella gente de la Tierra menguante, febrilmente alegre, porque la noche infinita estaba al alcance de la mano, cuando el sol rojo diera su último parpadeo y se volviera negro.

Turjan se mezcló con la multitud. Se refrescó en una taberna con vino y bizcochos; luego se dirigió hacia el palacio de Kandive el Dorado.

El palacio se erguía majestuoso ante él, con todas sus ventanas y balcones resplandecientes de luz. Los señores de la ciudad festejaban y gozaban. Si el príncipe Kandive estaba enrojecido por la bebida y descuidado, reflexionó Turjan, la tarea no iba a ser demasiado difícil. De todos modos, si entraba a cara descubierta sería reconocido, porque era conocido por mucha gente en Kaiin. Así pues, recurriendo al Manto de Furtividad de Phandaal, se esfumó de la vista de todos los hombres.

Se deslizó cruzando la arcada, al salón del jardín, donde los señores de Kaiin se divertían como las multitudes de la calle. Turjan pasó por entre el arcoiris de sedas, terciopelos, satenes, mientras observaba divertido las distracciones de los demás. En una terraza, algunos contemplaban de pie una piscina honda donde un par de *deodands* cautivos, con sus pieles reluciendo como aceitadas, chapoteaban y les miraban con ojos refulgentes; otros arrojaban dardos al cuerpo con las alas extendidas de una joven bruja de la montaña Cobalto. En una serie de alcobas, jóvenes en flor ofrecían amor sintético a jadeantes viejos, y por todas partes yacían otros y otras atontados por los polvos del sueño. Turjan no encontró por ningún lado al príncipe Kandive. Vagó por todo el palacio, sala tras sala, hasta que finalmente, en una habitación superior, tropezó con el alto príncipe de dorada barba, reclinado en un diván con una muchachita enmascarada de ojos verdes y largo cabello teñido de verde pálido.

Alguna intuición, o quizás un conjuro, advirtió a Kandive cuando Turjan se deslizó por entre los cortinajes púrpura. Kandive saltó en pie.

—¡Vete! —ordenó a la muchacha—. ¡Fuera de la habitación, rápido! ¡La maldad se mueve por algún lugar cerca de aquí, y debo destruirla con mi magia!

La muchachita salió corriendo de la habitación. La mano de Kandive acudió a su garganta y tiró del oculto amuleto. Pero Turjan escudó su mirada con la mano.

Kandive lanzó un poderoso conjuro que liberó el espacio de todo bucle. De modo que el encantamiento de Turjan quedó vacío, y se hizo visible.

—¡Turjan de Miir merodeando por mi palacio! —se burló Kandive.

—Con la muerte pronta en mis labios —dijo Turjan—. Vuélvete de espaldas, Kandive, o pronunciaré un conjuro y te atravesaré con mi espada.

Kandive hizo como si obedeciera, pero en vez de ello gritó las sílabas que conjuraban a la Omnipotente Esfera en torno a él.

—Ahora llamaré a mis guardias, Turjan —anunció Kandive despectivamente—, y serás arrojado a los *deodands* en el tanque.

Kandive desconocía la banda grabada que Turjan llevaba en su muñeca, una de las runas más poderosas, que mantenía un campo disolvente de toda magia. Protegiendo aún su vista contra el amuleto, Turjan cruzó la Esfera. Los grandes ojos azules de Kandive se desorbitaron.

—Llama a los guardias —dijo Turjan—. Encontrarán tu cuerpo cebrado por líneas de fuego.

—¡Tu cuerpo, Turjan! —exclamó el príncipe, balbuceando el conjuro. Instantáneamente los resplandecientes haces del Excelente Spray Prismático chasquearon desde todas direcciones hacia Turjan. Kandive observó la furiosa lluvia con una sonrisa lobuna, pero su expresión cambió rápida a consternación. A un dedo de la piel de Turjan, los dardos de fuego se disolvieron en un millar de nubéculas de humo.

—Vuélvete de espaldas, Kandive —ordenó Turjan—. Tu magia es inútil contra la Runa de Laccodel. —Pero Kandive dio un paso hacia un muelle en la pared.

—¡Alto! —exclamó Turjan—. ¡Un paso más, y el Spray te rebanará un millar de veces!

Kandive se detuvo en seco. Con una rabia impotente, se volvió de espaldas a Turjan que, avanzando rápidamente, tendió la mano por encima del cuello de Kandive, aferró el amuleto y lo soltó. Pareció reptar en su mano, y a través de los dedos destelló un atisbo de azul. Un ofuscamiento sacudió su cerebro, y por un instante oyó el murmullo de ávidas voces... Su visión se aclaró. Retrocedió alejándose de Kandive, mientras se metía el amuleto en el bolsillo. Kandive preguntó:

—¿Puedo volverme ahora?

—Cuando tú quieras —respondió Turjan, apretando su mano contra el bolsillo. Kandive, viendo a Turjan ocupado, avanzó negligentemente hasta la pared y apoyó su mano sobre el muelle.

—Turjan —dijo—, estás perdido. Antes de que puedas pronunciar una sílaba, abriré el suelo y caerás a una enorme y oscura distancia. ¿Pueden hacer algo tus conjuros contra eso?

Turjan se detuvo a medio movimiento, clavó sus ojos en el rostro rojo y dorado de Kandive. Luego bajó mansamente la vista.

—Ah, Kandive —se lamentó—. Has sido más listo que yo. Si te devuelvo el amuleto, ¿podré irme libre?

—Arroja el amuleto a mis pies —dijo Kandive, radiante—. Y también la Runa de Laccodel. Luego decidiré qué perdón te concedo.

—¿También la Runa? —preguntó Turjan, forzando una nota de lamento en su voz.

—O tu vida.

Turjan rebuscó en su bolsillo y aferró el cristal que le había dado Pandelume. Lo sacó y lo mantuvo sujeto contra el pomo de su espada.

—Hey, Kandive —dijo—. He descubierto tu truco. Simplemente quieres asustarme para que me rinda. ¡Te desafío!

Kandive se encogió de hombros.

—Muere, entonces. —Apretó el muelle. El suelo se abrió de par en par, y Turjan desapareció en el abismo. Pero cuando Kandive bajó corriendo para recuperar el cuerpo de Turjan no encontró el menor rastro, y pasó el resto de la noche presa de un ataque, rumiando con vino su fracaso.

Turjan se halló en la habitación circular de la casa de Pandelume. Las multicoloreadas luces de Embelyon lanzaban sus rayos a través de las ventanitas abiertas al cielo por encima de su hombro..., azul zafiro, amarillo caléndula, rojo sangre. La casa estaba en silencio. Turjan se apartó de la runa del suelo, mirando intranquilo hacia la puerta, temeroso